

LA ÉTICA Y EL HOMBRE

Jaime Rodríguez-Arana Muñoz

Catedrático de Derecho Administrativo

Subsecretario de Administraciones Públicas

Probablemente nunca, a lo largo de toda la historia, tantos han hablado tanto de ética. ¿Por qué de repente un interés tan generalizado por las normas que deben regir íntimamente, si podemos hablar así, nuestro comportamiento? No pretendo dar una respuesta exhaustiva a esta cuestión, simplemente apuntar lo que a cualquiera de nosotros posiblemente le ha pasado por la cabeza con su sola mención.

En el interés actual por la ética hay razones circunstanciales, como pueden ser los escándalos que nos sirve, con mayor o menor intensidad y frecuencia, la prensa diaria en todo el mundo. Hay razones políticas en este interés desusado, porque la ética se ha convertido en un valor de primer orden, o cuando menos -hay que admitirlo, nos guste o no-, como un cierto valor para el mercadeo político. Además, hay también situaciones de desconcierto, ante las nuevas posibilidades que ofrece la técnica, que exigen una respuesta clarificadora. Pero hay una razón de fondo que pienso que justifica plenamente el interés por las cuestiones éticas, e intentaré ahora referirme a ella con un poco de detenimiento.

En efecto, son incontestables los síntomas de que se están produciendo profundísimos y vertiginosos cambios en los modos de vida del planeta, hecho que se pone particularmente en evidencia en las sociedades avanzadas de occidente, o en aquellas otras de dispares ámbitos geográficos que, con mayor o menor éxito, se han adaptado a las denominadas exigencias occidentales de vida. Estos cambios en los modos de convivencia son tan extensos, y se manifiestan con tal intensidad en las diversas áreas del entero existir -desde la producción y la comunicación, por ejemplo-, que muy bien podemos estar asistiendo, como muchos pensadores han apuntado, a un cambio de civilización.

Digamos que una manifestación de todo esto, una experiencia personal de la que todos podemos dar cuenta por su viveza y continuidad, es la incertidumbre y la perplejidad

que colectivamente padecemos ante el futuro. Así, cuando algún experto se atreve a hacer prospectivos sobre el desarrollo de la actividad humana a la vista de los cambios tecnológicos y sociales que se desarrollan ante nuestros ojos, nos describe panoramas que parecen pertenecer, más que a una realidad inmediata, a la ciencia-ficción. Y sin embargo están ahí, tan próximos, que a la vuelta de pocos años, poquísimos años en algunos aspectos, se nos muestran superados por la aceleración vertiginosa de los acontecimientos.

Todo el elenco -inacabable- de cambios en la estructura técnica de nuestra sociedad se traduce -de ahí hemos partido- en transformaciones profundas, entre otras cosas, en nuestros modos de vida. Y con ellos se produce un derrumbamiento de los valores tradicionales, o más exactamente cabría decir, de los valores de la sociedad tradicional, entendiendo aquí tradicional en el sentido de una sociedad cerrada y rígidamente estructurada.

Se ha hablado mucho de la contraposición entre sociedades tradicionales y sociedades abiertas, y sin pretender entrar ahora en el pormenor de la cuestión, digamos que, efectivamente, es posible discernir en la sociedad que estamos configurando una serie de rasgos que la caracterizan en oposición con el modelo social que se va quedando atrás. La democracia, con todo lo que tiene de perfectible en los modos en que la articulamos, parece afortunadamente afianzarse universalmente como forma de organización de la vida política; al menos esa tendencia es clara. La participación en la vida pública por parte de todos los miembros de la sociedad se enriquece progresivamente, sobre todo en las sociedades avanzadas, posibilitándose la integración de los individuos en la vida social a través de un tejido asociativo cada vez más rico. El pluralismo alcanza todos los órdenes de la vida, extendiéndose a la cultura, caracterizándose así nuestras sociedades como sociedades multiculturales. La remodelación y desformalización de los roles sociales más característicos de la sociedad tradicional contribuye, en algún sentido, a crear estructuras más equitativas y más respetuosas con la condición personal de todos los miembros de la sociedad. La ampliación del tiempo de vida, debido a las mejores condiciones de nuestra existencia y a los adelantos médicos y sociales, está provocando un incremento temporal de dos segmentos de la vida humana, la vejez y la juventud, con un inaceptable desplazamiento y marginación de sus integrantes.

En fin, es de tal dimensión la avalancha de cambios, y en algunos aspectos es tal la obsolescencia de los criterios y modos de organización social pretéritos, que podríamos afirmar que los valores tradicionales han quebrado totalmente.

Sin embargo no debemos seguir adelante sin hacer una importante salvedad a esta afirmación, una salvedad que ya he apuntado antes, y que nos introduce en una cuestión que a mí, personalmente, me resulta del máximo interés para su análisis, aunque lo limitado del tiempo me impida tratarla como se merecería. Digo esto al hilo de una frase que de seguro han tomado en consideración en más de una ocasión y que a mí me resulta sumamente sugestiva. Me refiero a aquella aseveración de Eugenio D'Ors, de que "todo lo que no es tradición es plagio".

Lo que parece que ha entrado en quiebra, de acuerdo con lo dicho anteriormente, son los valores de la sociedad tradicional, pero siguen con una vigencia renovada, más profunda, más exigente, los valores humanos, los valores que en el sentido d'orsiano de la expresión

podríamos llamar “tradicionales”. Porque para mí resulta una evidencia histórica, una evidencia empírica y una evidencia racional -si no es demasiado atrevimiento tanta evidencia- que el hombre no puede, en ningún caso, partir de cero. Sólo un angelismo ingenuo o un pretencioso y exacerbado racionalismo puede hacernos creer que somos capaces de empezar desde la nada, como si el ser humano tuviera capacidad de retrotraerse al momento en que un antepasado nuestro fue capaz de alumbrar para los mortales caminos inéditos con el uso incipiente de una inteligencia novedosa. En absoluto. El hombre es deudor de su biología, de su biografía, de la cultura, de la sociedad que lo ha acogido y de la historia que lo envuelve. De ahí que la afirmación de Eugenio D'Ors me resulte tan llena de sugerencias: se camina hacia delante remodelando, reactivando lo anterior, o explorando espacios cuyo descubrimiento es posible desde las posiciones ya establecidas, o bien -es otra opción- se permanece parado en el punto a que hemos llegado.

Un escollo que podría hacerse a lo aseverado hasta ahora sería el siguiente: Toda revolución permanece, abre vías nuevas, reales, es fecunda en la medida en que innova desde lo construido y pone a salvo, perfeccionándolo, lo que de aprovechable o ventajoso haya en lo recibido. Ahora bien, la revolución radical, la revolución total no es capaz de ser otra cosa que pura destrucción. Y en esto nuestro siglo, con experiencias revolucionarias sin parangón histórico, nos ha dejado una enseñanza bien ilustrativa que no podemos olvidar.

Los valores de la sociedad tradicional -los de “nuestra” sociedad tradicional, habría que decir-, repito, han quebrado, pero no lo han hecho los valores humanos, los valores que cimentan toda civilización y cultura posibles, y que de alguna manera son valores permanentes, de siempre. Por eso, la construcción de una civilización o de una nueva cultura no podrá hacerse sin volver sobre ellos. Sin embargo, no se trata de hacer una repetición mimética, sin mas; no se trata de fotocopiar o de hacer clonaciones. De lo que se trata es, en relación con los valores humanos, de pensarlos, de remozarlos, de renovarlos, de dotarlos de una nueva virtualidad que sólo la inventiva, la imaginación y la creatividad de esta creatura singular que es el hombre puede proporcionarles.

Así, al reto productivo, al reto técnico y al reto tecnológico debemos añadir el auténtico reto de fondo que es el reto ético, ya que el reto económico y social nos conduce a enfrentarnos a la cuestión última, nunca suficientemente tratada, y menos definitivamente respondida: ¿Quién o qué es el hombre?, o más bien, en términos éticos, ¿qué debe ser el hombre?

Como muy bien habrán supuesto, no voy a ser quien dé una respuesta a semejante pregunta. Pero diré, además, que no podemos esperar que se dé una respuesta cumplida, completa, por parte de nadie a ella.

Desde luego que si buscásemos alguna pregunta “tradicional”, alguna pregunta que el hombre se haya formulado con machacona reiteración a lo largo de la historia, no encontraríamos posiblemente otra tan emblemática, no ya de una civilización o de una cultura, sino de la misma condición humana, como esta: ¿Qué es el hombre? Permítanme acudir a un esquema escolar que no por elemental y conocido deja de ser eficaz. En las distintas fuentes de la tradición occidental encontramos respuestas a esta cuestión, o al menos la vemos paladinamente planteada.

Entre los griegos, además de las célebres definiciones como “animal racional” y como “animal cívico”, se le consideró como “la medida de todas las cosas”, precisamente definido así en un contexto cultural democrático. En la tradición judaica, el interrogante por la condición del ser humano lleva al salmista a preguntarse “¿qué es el hombre para que te acuerdes de él?”, en clara referencia a la relación con un Dios creador y próximo. Entre los romanos, tan poco dados -según se dice- a la actividad especulativa, podemos considerar que el hombre queda definido por un entramado de relaciones positiva y racionalmente reguladas mediante el Derecho. Y, por fin, la tradición germánica nos aporta una concepción del hombre derivada o subsidiaria de su condición nacional. El cristianismo -con independencia de interpretaciones de escuela o de autores-, a mi entender, subraya el carácter insondable del ser humano, lo que para mí queda ejemplificado de una manera poderosísima en aquella sentencia de Pilato a la vista del Cristo apaleado, que la imaginería religiosa ha recogido multitud de veces: “He aquí al Hombre”. Sentencia que por cierto escogió Nietzsche como título de una de las obras *-Ecce homo-* en que critica lo que no deja de ser una imagen deformada del cristianismo. El propio Nietzsche, en este sentido, escribió en *Zarathustra* que “el hombre es una cuerda que se tiende entre el animal y el superhombre: una cuerda sobre un abismo”.

¿Qué es el hombre? También Kant se hizo esta pregunta, cuando proclamaba la mayoría de edad del ser humano, llegada de la mano de la Ilustración, y afirmaba que contestar a esta pregunta es contestar a todo lo que para el hombre puede tener interés: dónde puede alcanzar su conocimiento, cómo debe comportarse, qué puede esperar. Digamos -por simplificar- que las respuestas que se dieron, a partir de los planteamientos ilustrados, pretendieron desvelar absolutamente el ser del hombre y condujeron por un camino u otro, cuando propugnaban la absoluta liberación del ser humano, a su absoluto sojuzgamiento en manos de los poderosos -en un feroz individualismo en unos casos- o bajo el poder del Estado -en un totalitarismo más agresivo aún- en otros supuestos.

Hoy, seguimos como Diógenes, linterna en mano, buscando al hombre auténtico. Pero hoy, cuando nos hacemos de nuevo esta pregunta, debemos volver a aquella precavida -y al tiempo osada- actitud socrática, tan alejada de los dogmatismos modernos como de las vacuidades postmodernas o postestructurales. Sócrates nos explicó que sería ilusoria la pretensión de dar una respuesta completa, definitiva, absoluta -llamémosle así- a esa ni a ninguna pregunta. Sin embargo podemos, y debemos, dar respuestas parciales, firmes e incondicionadas, sobre las que asentar nuestra exploración y nuestra actuación. Y esa firmeza y seguridad en lo parcial nos permitirán afirmar la relatividad de los hechos humanos, así como la dimensión inabarcable de nuestra ignorancia. En esto consiste -si no lo he entendido mal- la sabiduría propia del hombre según el que tantos consideran padre de la filosofía.

En este sentido, lo que sí parece pertinente es llamar la atención sobre la necesidad de planteamientos abiertos, liberados, en la medida de lo posible de prejuicios, y en un contexto universal. Por eso, Dossi, en sus cartas azurras, llegó a sentenciar: “¿qué grande es el hombre, que comprende lo universal!” al subrayar la universalidad como nota del conocimiento humano.

Si realmente estamos en el umbral de una nueva civilización, y si somos capaces de

abordar con un prudente -"razonable", se diría ahora- optimismo los tiempos venideros, es porque tenemos cierto conocimiento de dónde estamos y a dónde debemos dirigirnos. Ahora bien, esta tarea de comprender al hombre exige, como señalara Plessner, entenderlo como realidad viviente; es decir aprender a ver al hombre con sus propios ojos.

El hombre es un explorador, podemos decir sin decir demasiado, pero a la vez diciendo mucho. Explorar significa aquí abrir nuevos territorios a nuestro conocimiento. El hombre es también un colono, lo que significa que puede hacer suyos nuevos mundos, instalarse en ellos. Ahora bien, con "explorar" y "colonizar" quiero referirme aquí también a "nuevos modos" de ver, de tener, de ser, de actuar, de vivir. Los "modos modernos" se nos han hecho insuficientes, o mejor, se nos han manifestado como insuficientes: la experiencia histórica nos ha proporcionado esa evidencia. Pues bien, esta convicción se nos hace presente con tanta obiedad que parece vano repetirlo, pero hemos de considerarlo muy despacio porque creo que de aquí podemos obtener una enseñanza muy sencilla y, a la vez, muy profunda.

Hoy parece que el desarrollo tecnológico no tiene límites. Es más, parece que el problema que se nos presenta es la asunción de los adelantos que la técnica nos proporciona, ya que la innovación se hace a tal ritmo que puede llegar a antojársenos como indigerible. Pues efectivamente, tal asunción será imposible si no advertimos que el desarrollo de la humanidad no puede caminar por la vía simplista de la extensión de su acción tecnológica, ni por la de su progresiva intensificación, sino que es preciso abrir una vía de configuración de la acción humana, de reorganización profunda, hasta tal punto, que hablamos de nuevos supuestos o de un nuevo sentido en su acción. Y a alumbrar ese sentido nuevo debe contribuir la reflexión ética.

Pero un nuevo sentido no es un sentido *ex novo*. Los conceptos de libertad, justicia, igualdad o solidaridad siguen y seguirán teniendo vigencia. Las relaciones personales seguirán estableciéndose sobre la base de la amistad, de la familia o de la integración cultural. En el futuro, en cualquier futuro, la mejor y más valiosa posesión del hombre seguirá siendo la de sus propias capacidades personales -muy por encima de sus pertenencias-, sustentadas necesariamente en una sólida y al tiempo flexible autodisciplina. Bien, pero las ideas que tenemos de libertad, de familia, de autodisciplina, etc., aunque acertadas, son insuficientes, no dejan de ser insuficientes.

Ha señalado un famoso filósofo que una característica esencial del hombre es que es un ser en crecimiento. Me resulta muy atractiva esa observación y creo que muy bien puede ponerse en relación con todo lo que hasta aquí venimos tratando. Si hoy hablamos de crisis de la modernidad, tenemos que admitir que este estadio no se resolverá por una renovada afirmación de la cultura moderna, es decir, por la proposición de un nuevo paradigma absoluto, omnicompreensivo, cerrado y definitivo sobre el hombre. Pero tampoco puede resolverse con un conformista escepticismo, o con la reducción de la acción humana a la consecuencia de un entretenido y trivial juego de interpretaciones. Sólo un impulso creativo y expansivo del hombre puede abrirnos nuevos cauces para un efectivo crecimiento. Crecimiento, ¿en qué? En humanidad. Por eso hablaba antes de prudente optimismo. Quien no lo tenga, o quien se vea obligado por su discurso, o por cualquier otro motivo, a renunciar

a él, podría haber entrado en una vía muerta, siendo otros quienes por él abran camino. Por eso, si no ha llegado la hora del fin del mundo y de la historia, alguien abrirá esas sendas nuevas, que bien venidas sean, vengan de donde vengan.

El hombre es también -lo estamos viendo- un ser de sentido. Es un ser capaz de descubrir el sentido de las cosas, o los posibles sentidos que encierran, y, por ello, es capaz también de dotarlas de un sentido. La exploración y colonización de la realidad no es una pura receptividad cognoscitiva pasiva, ni una ocupación mecánica, instintiva, o evolutiva de nuevos hábitats. Se trata más bien de acciones, no sólo calculadas, sino también eminentemente - creativas, es decir, que ponen en juego la capacidad creadora del hombre, al concebir y aplicar nuevos sentidos -distintos, o más plenos y más completos, o “un mejor sentido”- a su existencia.

Y dotar de sentido a la acción es poner en juego la libertad, es elegir. Quiero subrayar la idea de que elegir: dotar de sentido, es -digámoslo así- una elección a largo plazo, que, si es una auténtica elección, exigirá de nosotros, congruentemente, coherencia y autodisciplina, porque toda elección comporta de algún modo -derivadamente, si no es enfermiza- autonegación y contrariedad, consecuencia necesaria del ser limitado del hombre.

Ya sé que estas son, en nuestro contexto cultural, palabras mayores, porque parece que estamos hablando no ya de poner en juego la libertad, sino de jugarla. Pues bien, me atreveré a escribir unas palabras fuertes: de eso se trata, de jugarse la propia libertad en un compromiso efectivo y definitivo. ¿Y no es esto pedir demasiado? Creo que se comprenderá el alcance de mi afirmación si retomamos nuestro discurso en el punto adecuado. El compromiso que le es exigible al hombre es el compromiso con su propia humanidad, y por si estas palabras pudieran originar alguna confusión, señalaré que con su propia realidad de hombre, Albert Camus decía que “el hombre es la única criatura que se niega a ser lo que es”. Pues ahí está, en negativo, la exigencia que planteamos, la libre afirmación de lo que el hombre es. Al hombre le es exigible un compromiso radical con su racionalidad y su capacidad dialógica y con lo que de ellas se deriva, con su condición de ser libre, con la dimensión social de su ser personal, con su capacidad de dotar de sentido la existencia, con su apertura a la naturaleza, el pensamiento, la historia y la realidad en toda su extensión. Por eso, aquel grito derrotista que ha hecho enmudecer, por cierto, a mucha gente del estamos aquí para decir *no* y morir, hoy se torna con moderación y visión positiva, me parece, en un estamos aquí para decir *sí* y vivir libremente, con libertad.

En fin, ¿cómo, pues, debe ser el hombre? Más humano, volveré a responder. Más libre, más racional, más comunicativo y afectivo, más respetuoso con la realidad, más innovador y creativo, o, en términos clásicos, como decía von Humboldt, “el hombre debe aspirar a lo bueno y grande”.

Ser más, crecer, no significa rechazar o arrasar los valores que tenemos, sino que significa filtrarlos, purgarlos, y reconocer nuestra insuficiente comprensión de lo que es en toda su extensión el ser humano, su dignidad y su libertad. Por eso, aunque probablemente nadie pueda hacer una descripción de cómo será el mundo que nos deparará el devenir de la humanidad, el hombre seguirá dando un sentido a su existencia, es decir, seguirá rendido a la exigencia de racionalidad y de libertad, o no será hombre. Si me permiten el ejemplo, el

hombre que ya no encuentra sentido, que renuncia a buscarlo, que se ve incapaz de darlo, se asemeja al corredor de fondo aficionado que, embarcado en una maratón, se pregunta cuando los kilómetros empiezan a pesar: “pero yo, ¿qué hago aquí?” -¿a quién no le ha pasado algo similar en alguna situación apurada de la vida?- y se contesta: “yo aquí no pinto nada”. Tal vez siga corriendo por vergüenza torera, pero si no recupera el sentido, allí mismo se acabó su carrera, eso sí, aunque insista en su trote insípido, porque nada significa ya para él la meta, el recorrido, los competidores, o el propio trote machacón.

Ser más y crecer significa solventar nuestras carencias. Para eso se necesitaba atender, escuchar. Cuando nuestra civilización no es capaz de dar respuesta satisfactoria a tantos problemas como se le plantean, tenemos una obligación especial de prestar atención a las reclamaciones que desde los puntos más dispares se le hacen, y que a mi juicio constituyen, en muchas ocasiones, otras tantas llamadas a las que tenemos la obligación moral de responder. Es decir, estamos ante la obligación moral de responder a las expectativas frustradas, a las aspiraciones insatisfechas, a las reclamaciones desatendidas, y debemos encontrar una respuesta creativa, renovadora, que abra al hombre nuevas oportunidades de crecimiento y mejora.

Si me lo permiten, pondré algunos ejemplos de aquello a que quiero referirme. La reivindicación feminista -por ejemplo- universalmente extendida, con particular incidencia en las sociedades occidentales, justamente donde la consideración de la mujer se ha equiparado en tantos aspectos con la del varón, nos exige encontrar soluciones. Se trata no ya sólo de que se abran a la mujer todos los campos sociales y laborales, en nuestra sociedad y en las foráneas, sino también de hacer posible, sin prejuicios capciosos, una efectiva libertad de opción para que la mujer se realice como tal de acuerdo con sus aspiraciones propias y personales en el campo laboral o en el doméstico, y en la maternidad y atención de la familia, cuando fuese esa su elección. E igual consideración valdría para el varón, en el entendimiento de que posiblemente para éste tendrán menos pertinencia las exigencias de maternidad.

La militancia ecologista -también- resuena permanentemente como un toque de atención sobre el cuidado extremado con que debemos tratar la naturaleza, no sólo la nuestra, sino la de todo el mundo. Y esa exigencia se traduce en esfuerzo y renuncia, pero también en creatividad e inventiva, que deberá traer consigo una mejora real de nuestra condición, o será una pretensión irracional. Pero el reto va más allá, porque es universal -es lo que lo hace un auténtico reto-: la mejora real de nuestra condición incluye una equiparación de los llamados países del Tercer Mundo con el nuestro, y no sólo sin merma de las condiciones mediambientales, sino con una mejora apreciable.

El antimilitarismo, creciente en sectores también cada vez más amplios de nuestra sociedad, debemos interpretarlo -según me parece- como antibelicismo, es decir, como un adiós a la guerra como recurso de persuasión, un adiós a la guerra como industria, un adiós a la guerra como instrumento de prevención o de prestigio. Dicho en positivo, hace falta en nuestra propia sociedad y en nuestro entorno la aplicación de políticas de pacificación o de cimentación de la paz, y el impulso de este tipo de políticas en todo el mundo. Y con políticas pacificadoras no me refiero a intervenciones militares de pacificación -que también-, sino, sobre todo, a políticas de desarrollo económico y social. Pero hablar de pacifismo y de

antibelicismo no puede traducirse en el fácil expediente de un entreguismo blando e irresponsable en las manos de los desaprensivos.

Las llamadas a la solidaridad y la atención a los problemas que quiebran la espina dorsal de la humanidad en tantos lugares del mundo, y que los medios de comunicación nos hacen reiteradamente presentes, reclaman nuestro esfuerzo continuado para hacer del mundo un lugar habitable para todos. Y eso significa, de nuevo, renuncia, esfuerzo, trabajo. Ciertamente no del mismo modo, pero sí que todos debemos arrimar el hombro positivamente, y hemos de encontrar los modos -nuevos modos- de hacerlo con eficiencia. Pero no sólo con eficiencia técnica, sino mucho más, con eficiencia humana.

Podríamos seguir multiplicando los ejemplos, pero pienso que los referidos son suficientes para lo que quiero ilustrar. Todos estos movimientos, todas estas reivindicaciones, todos estos sentimientos, son una manifestación social, una reacción del hombre a su propia experiencia, a la realidad que percibe, a lo que pasa en el mundo. Constituyen también una oportunidad para que abramos los ojos a esa misma realidad. También aquí es verdad el dicho de que cuatro ojos ven mejor que dos. Es más, casi todos los analistas detectan que o todos estos problemas -y tantos otros- encuentran una respuesta adecuada -y en algunos casos incluso urgente-, o su desarrollo pondrá en grave riesgo la misma civilización humana. No se trata de ser catastrofistas, pero sí de ser responsables, de responder de nuestra propia condición de hombres.

¿Y cómo se articula la respuesta? Ya me gustaría saberlo, pero no lo sé. Lo que sí me parece saber es que la respuesta se está articulando ahora mismo por la vía de los hechos. En efecto, de hecho se están apuntando ya soluciones, parciales, locales, sectoriales. Hace falta poner en juego tal vez la llamada *finesse d'esprit* para saber descubrirlo en la multitud de propuestas, de experiencias, de tentativas que se hacen. Ahora bien, la respuesta universal que representa una nueva civilización sólo puede darse con un compromiso masivo, abrumadoramente mayoritario, generalizado y personalmente creativo que alcance a todos los campos y ámbitos de la existencia y la vida humanas, y a todos los segmentos de la población.

Ahora bien, si no podemos siquiera esbozar las nuevas relaciones, las nuevas estructuras que el hombre debe crear, sí podemos tal vez apuntar los valores desde los que ese cambio debe ser abordado, o algunos aspectos del sentido que debemos proponer a ese cambio.

En primer lugar la dignidad del hombre, de la persona, de cada vecino/a. Me gusta esta expresión, "cada vecino", para subrayar la condición de realidad concreta del sujeto a que me estoy refiriendo. Ese individuo -cada varón, cada mujer, en cualquier etapa de su desarrollo- es el portador de la dignidad entera de la humanidad. Diré -aun a riesgo de ser malinterpretado- que en el hombre concreto, en su dignidad, en su ser personal, encontramos la condición de absoluto, o de referente de cuanto hay, acontece y se produce en el universo.

El hombre y los derechos del hombre -que se hacen reales en cada hombre, insisto-, son para mí la clave del marco que queremos construir, y no nos exime esta aseveración de la necesidad de indagar y buscar una comprensión cada vez más cabal y completa de su significado. No me importaría ser tildado de reiterativo por esto, pero para mí la dignidad personal del hombre, el respeto que se le debe y las exigencias de desarrollo que conlleva

constituyen la piedra angular de toda construcción civil y política y el referente seguro e ineludible de todo empeño de progreso humano y social.

Otro punto de apoyo esencial para abordar esta tarea civilizadora, que es una tarea ética, lo veo en la apertura a la realidad. La realidad es terca, la realidad es como es, y un auténtico explorador no debe dibujar edenes imaginarios en su cuaderno de campo, sino cartografiar del modo más fiel la orografía de los nuevos territorios, del mismo modo que el colono debe pegarse al terreno y acabar de desentrañar sus potencialidades y encontrar, desde sus posibilidades locales, el mejor modo de satisfacer sus necesidades. La apertura a la realidad significa también apertura a la experiencia, que quiere decir aprender de la propia experiencia -y de la ajena. Quizás haya sido esta una de las lecciones más importantes que nos ha brindado la experiencia de la modernidad: descubrir la locura de creer en los sueños de la razón que, cuando se erige en soberana absoluta, engendra monstruos devastadores. No hay ya sitio para los dogmas de la racionalidad, incluida la racionalidad crítica. La aceptación de la complejidad de lo real, y muy particularmente del hombre, y la aceptación de nuestra limitación, nos conducirán a afirmar la caducidad y relatividad de todo lo humano -salvo, precisamente, el ser mismo personal del hombre- y a sustentar por lo tanto, junto a nuestra limitación, la necesidad permanente del esfuerzo y del progreso.

Pero lo que estoy haciendo -no se me malinterprete- es criticar una racionalidad que podríamos denominar absoluta, no la capacidad real de la razón para conocer, aunque sea de un modo todo lo limitado y parcial que se quiera. Es decir, pienso que es necesaria una reivindicación terminante de nuestra capacidad racional para conocer y, si vamos acompañados del acierto, para conocer progresivamente mejor la realidad. Pues bien, para que nuestro conocimiento de las cosas progrese, para que superemos los límites que la modernidad nos impuso, al tiempo que creía que nos hacía dueños totales de nuestro futuro, considero que debemos desarrollar lo que se ha llamado pensamiento compatible.

Debemos desarrollar formas de pensamiento que nos permitan orillar las dificultades originadas por un pensamiento sometido a las disyuntivas permanentes a que nos condujo el racionalismo. El pensamiento compatible nos permite superar esas diferencias y apreciar que en la realidad se puede dar unido -y de hecho se da- lo que una mentalidad racional "matemática" -llamémosla así- nos exigía ver como opuestos. Estimo que es un imperativo ético hacer ese esfuerzo de comprensión. Posiblemente nos permitirá descubrir que realmente lo público no es opuesto y contradictorio con lo privado, sino compatible y mutuamente complementario, o que incluso vienen recíprocamente exigidos; que el desarrollo individual, personal, no es posible si no va acompañado por una acción eficaz a favor de los demás; que la actividad económica no será auténticamente rentable -en todo caso lo será sólo aparentemente- si al tiempo, y simultáneamente, no representa una acción efectiva de mejora social; que el corto plazo carece de significado auténtico si no se interpreta en el largo plazo, etc. Que la norma no se opone a la libertad, sino que, si es auténtica, justa, la potencia; que debe distinguirse la valoración moral de los comportamientos -que es una exigencia ética- del juicio moral de las personas, que es un abuso de nuestra condición racional...

Vuelvo a los ejemplos que puse antes. El pacifismo está tan alejado del imperio del terror de las armas -*si vis pacem, para bellum*- como de un antimilitarismo folclórico y de

salón, que se alimenta de las imágenes de soldados con margaritas en el casco y el fusil. Por eso hablé de antibelicismo y de políticas activas de paz o pacificadoras. Y debemos también inventar fórmulas -y experimentar, experimentar- para que la vida productiva del hombre no se reduzca a una tensión competitiva insoportable en el período de su madurez entre una juventud improductiva cada vez más irresponsable -o indolente- y prolongada, y una vejez, cada vez más temprana y alargada, precisamente cuando ese período se disfruta con mejores condiciones de salud física y psicológica, perturbadas principalmente por el sentimiento de inutilidad que la organización de la sociedad impone a los mayores. Y así podríamos continuar.

Pero tengo que mencionar, al menos, otro rasgo que debemos potenciar en nuestro acercamiento a las cosas: el pensamiento dinámico, que nos lleva a comprender que la realidad -y más que ninguna la social, la humana- es dinámica, cambiante, abierta, y no sólo evolutiva, preñada de libertad. Por eso debemos superar la tendencia a definir estáticamente, o con un equilibrio puramente mecánico, lo real, que no resistiría tal encorsetamiento sin sufrir una grave tergiversación. A esto venimos refiriéndonos, precisamente. Sobre la afirmación de su ser radical, el hombre ha de desarrollar las virtualidades que allí se encierran, tanto en lo que se refiere a su autodesarrollo personal como en lo relativo a la realización de su ser social. Pensar el hombre, la sociedad o la historia, a plazo fijo, con un punto final, como un proceso cuyo cierre vislumbramos, viene a ser negar el mismo ser del hombre. Quizás pueda afirmarse que ese ha sido el más grave error de la modernidad, o el de más graves y trágicas consecuencias.

Estas dos características del pensamiento y del conocimiento que, según me parece, debemos desarrollar y potenciar -el pensamiento compatible y dinámico-, y las anteriores referencias a la dignidad del hombre y la apertura a lo real, fundamentan otro de los valores sobre los que debemos asentar nuestra acción: el diálogo. No me extenderé más en esta cuestión; únicamente apuntaré que el diálogo sólo es auténtico si se construye sobre una actitud profundamente ética. El diálogo es una acción propia no del hombre astuto, del negociador, del habilidoso, del que regatea en corto. El diálogo es propio del hombre bueno. Bueno no en el sentido de “bondadoso” -ya me entienden-, en el de “torpe de buenas intenciones”, ni siquiera me inclino a aceptar lo de “bueno, en el buen sentido de la palabra”, como se definía el maestro Machado. El diálogo es propio del hombre bueno en el sentido fuerte que la palabra “bueno” tiene en el sentido ético.

La participación es otra condición de acción de futuro, congruente con todo lo que venimos diciendo. Simplemente me limitaré a recordar aquella máxima kantiana de que el hombre no debe ser tomado nunca como medio, sino como fin. Y si lo que buscamos es un crecimiento en libertad, en humanidad, en definitiva, solo podrá hacerse realidad ese objetivo si cada uno se hace protagonista de sus acciones y de su desarrollo, y posibilita con su actuación que los demás también lo sean. Así entiendo la participación.

Hablar de ética es hablar de bienes, de virtudes, de cualidades y de normas, en una correcta interpretación de la ética clásica. Así, para Aristóteles, no nos debemos conformar con saber lo que es el valor y la justicia, sino que debemos ser valientes y justos. De la misma manera, queremos estar sanos, supongo, más que saber en que consiste la salud. Por eso, en

el pensamiento clásico aristotélico, el concepto filosófico de virtud se nos presenta con un hábito, una costumbre que se adquiere mediante la repetición de actos semejantes similar al proceso de aprendizaje, por ejemplo, para dominar un instrumento musical. Tal vez no hemos hablado de eso, o tal vez sí. Lo que he pretendido es hacer sugerencias que nos ayuden a valorar más certeramente -si ello fuera posible- los cambios a los que asistimos y la responsabilidad que de ellos deriva para nosotros, no para ser espectadores informados y privilegiados, sino para convertirnos en actores. De todos modos, lejos de los terrenos de la ética no hemos discurrido. “El error y lo antiético - se ha dicho- están muy próximos”. El error sobre el hombre, la falsa apreciación de los fines de su actividad, da lugar muchas veces a comportamientos inmorales: los errores en la formulación de la ética se deben a errores sobre el modo de ser del hombre. Por eso comprender mejor al hombre es, según esto, una tarea ética.

La dignidad suprema del hombre, de cada hombre concreto, en cualquier circunstancia, en cualquier lugar, en cualquier momento, es para mí el hecho incontestable sobre el que ha de basarse la construcción de la democracia. Es más, considero que no es posible establecer un auténtico régimen de derechos y libertades si no es sobre este fundamento. Y ahí, en el reconocimiento de la dignidad humana, sitúo también la más radical aportación de la modernidad que, en medio de los paradójicos sistemas políticos y sociales que en su nombre se han levantado, parece alzarse como talismán, y también como piedra de toque, de toda construcción futura. Ciertamente no significa esto un punto final en la tarea ética. Antes parece anunciar esta afirmación el difícil problema de la fundamentación última de esta dignidad. Y ahí está, abierta, la senda para una tarea moral de descubrimiento personal, que si es auténtica nunca acaba. En mi caso puedo decir que no encuentro cimiento más sólido y firme sobre el que asentar esta convicción, lejos de los avatares y las oscilaciones a los que la someterían los criterios puramente sociológicos, o racionalistas, que un fundamento abierto a la transcendencia. Pero ésta es -insisto- una labor que ha de realizarse personalmente y en la que nadie puede sustituirnos, y que, sea cual sea su resultado, en nada tiene por qué entorpecer que trabajemos todos juntos, cada uno con sus ideas, por mejorar el mundo en que vivimos.